

La pobreza en el mundo. Los argumentos para defender el peor de los mundos posibles¹

FRANCISCO JAVIER ESPINOSA
Universidad de Castilla-La Mancha
javier.espinosa@uclm.es

Resumen

El artículo trata de explicar por qué los países ricos occidentales no contribuyen de una manera decisiva para acabar con la pobreza de los países pobres. El artículo, siguiendo la posición de Thomas Pogge, señala que la causa de ello es una cierta indiferencia generalizada apoyada en argumentos. El artículo se dedica a exponer esos argumentos, así como a rebatirlos. Los principales son: (a) la pobreza es un problema que supera la capacidad de acción de los países occidentales, (b) contribuir decisivamente a su eliminación reduciría en gran medida su estándar de vida, (c) ayudar a los países pobres generaría efectos perversos en el mundo, (d) los países occidentales ya están haciendo lo suficiente para que vaya desapareciendo la pobreza en el mundo, (e) los países occidentales no son culpables del problema por lo que no tienen obligación de solucionarlo y (f) la prioridad debe ser ayudar a los compatriotas con necesidades.

Palabras claves: *pobreza, globalización, Pogge, nacionalismo.*

World Poverty. Arguments to defend the worst of all possible worlds

Abstract

This article tries to explain why Western rich countries do not contribute decisively to put an end to world poverty. The article, following the Pogge's standpoint, points out that the cause of this is a certain widespread indifference that is based on some arguments. The article deals with an explanation and a refutation of these arguments: (a) poverty is a problem that exceeds the capacity of action of the Western countries, (b) contributing decisively to its elimination would greatly reduce their standard of living, (c) helping poor countries would generate negative effects in the world, (d) Western countries are already doing

¹ Este escrito se adscribe al Proyecto *Prismas filosófico-morales de las crisis: Hacia una nueva pedagogía sociopolítica* (FFI2013-42395-P).

enough to make poverty disappear, (e) Western countries are not guilty of the problem so they have no obligation to solve it and (f) helping needy fellow countrymen must take precedence over foreigners.

Keywords: *Poverty, Globalization, Pogge, Nationalism.*

Quizá la pregunta más importante que se puede hacer un ser humano en la actualidad es cómo puede seguir habiendo pobreza en la mitad de la Humanidad en un tiempo donde hay un enorme progreso económico y tecnológico y en el que, al mismo tiempo, los países más ricos se rigen por las normas y valores éticos de los derechos humanos. Tenemos el potencial económico-tecnológico para solucionar el problema y el fundamento dinámico de unos principios éticos y políticos que nos mueven a ello. ¿Por qué no resolvemos el problema?

En un curioso informe de la ONU de 2015, en el que se felicita por los progresos obtenidos, no se deja de reconocer que nada menos que 836 millones de seres humanos viven en pobreza extrema, es decir, con menos de 1'25 dólares al día (Naciones Unidas 2015: 4). Si ampliamos el umbral a 2 dólares, diremos entonces que más de 2.200 millones de personas viven en la pobreza (Programa de Naciones Unidas Para el Desarrollo 2014: 3). Aún más, la mitad de los habitantes del mundo, el 52%, vive con menos de 4 dólares al día (Naciones Unidas 2015:18). Lo podríamos decir de manera más concreta: todavía hay 57 millones de niños que no reciben ni la escolaridad primaria; 16.000 niños menores de 5 años mueren cada día, casi 6 millones al año (Naciones Unidas 2015: 9); 161 millones de niños tienen retraso en el crecimiento, lo que probablemente les ocasionará un menor desarrollo cognitivo (Naciones Unidas 2015: 22); o más de 880 millones de personas viven en tugurios, 100 millones más que hace 15 años (Naciones Unidas 2015: 60).

Si ahora ponemos nuestra atención en el mundo rico occidental, diremos que la asistencia oficial para el desarrollo que donan los países ricos es en el año 2015 un 0'29% de su ingreso nacional bruto (Naciones Unidas 2015: 62), algo que está muy lejos del 0'7%. Desde que la ONU propuso en 1972 donar esta cantidad, que era la que se pensaba acabaría con los problemas de pobreza en el mundo, ha sido ratificada en diferentes cumbres por todos los países occidentales, pero sólo Dinamarca, Luxemburgo, Noruega, Suecia y Reino Unido contribuyen con el 0'7% del ingreso nacional bruto al desarrollo de los países pobres (Naciones Unidas 2015: 7).

El informe de este año de las Naciones Unidas afirma que en este momento nos encontramos en una encrucijada histórica (Naciones Unidas 2015: 9), quizá, porque se ve que los trabajos para acabar con la pobreza en los últimos 50 años,

aunque han sido grandes y han mejorado la situación de muchas personas, no han alcanzado el objetivo deseado y porque se piensa que, durante muchos años más, miles de millones de seres humanos tendrán que llevar una vida que no alcanzará los mínimos reconocidos en los derechos humanos. Es la mayor tragedia de la historia de la Humanidad.

El pensamiento de Walter Benjamin nos puede ayudar a entender lo crucial de esta situación. Acosado por los nazis, tuvo que salir de Alemania y huir a España, atravesando Francia, para llegar a Portbou, donde, al no poder pasar la frontera española, se suicidó. En los últimos días de su vida dejó una obra escrita, que luego se publicaría como *Tesis sobre la filosofía de la historia*. Allí afirma que el pensador no debe concebir el presente como un tiempo homogéneo, como si se diera una continuidad histórica donde las cosas siguen siendo, más o menos, lo mismo, sino que hay que ver el presente como un momento de peligro. Cuando uno está en situación de peligro, no ve una sucesión histórica continua, sino que solo algunas imágenes relevantes se agolpan en su mente inquiriendo imperiosamente una salida. Piensa Benjamin que son los oprimidos los que están en situación de contingencia inminente y debemos conceptualizar el presente como una situación de peligro, y no quedarnos en la tranquilidad y el sosiego de las concepciones de la continuidad histórica (Benjamin, 2008: 58). Por eso, afirma que la capacidad del pensador para reflexionar sobre su tiempo depende de la agudeza de su conciencia para percibir las crisis en que sus contemporáneos han entrado (Benjamin, 2008: 58). Si creemos que el pasado se continúa en el presente y en el futuro, entonces relativizaremos la situación de peligro y no experimentaremos esa urgencia que nos aporta el sentirnos en peligro.

¿Por qué en Occidente no se ve este problema como el más importante y el que nos apela con el mayor de los apremios? ¿Por qué las imágenes de la pobreza en el mundo no se agolpan en nuestra mente haciéndonos sentir que estamos en una situación de peligro para que busquemos urgentemente una salida?

Leibniz afirmaba que, a pesar de las cosas malas que existen, vivimos en el mejor de los mundos posibles. Cualquier otro posible mundo hubiera sido peor. Pensaba que, siendo Dios el creador del mundo (un ser infinitamente bueno, poderoso y sabio), no hubiera estado bien que no hubiera hecho el mejor mundo posible. Quizá veamos muchas cosas malas y no nos parezca el mejor de los mundos posibles, pero eso es porque somos seres finitos y no alcanzamos a ver la totalidad del mundo en su extensión y en su historia; entonces veríamos que es el conjunto más armonioso posible (Roldán 2015, 84-86).

Pero ya hemos visto que hay una ingente cantidad de pobreza, es decir, de vidas humanas que no alcanzan el mínimo del florecimiento y de riqueza vital humana, y que el gasto sería mínimo (un 1%) para conseguir un mundo en el que todos los seres humanos pudieran desarrollar mínimamente su potencial. Así, aunque mucha gente occidental piensa que vivimos en un buen mundo y que el

orden internacional está diseñado de la mejor manera posible, no podemos decir que vivimos en el mejor de los mundos posibles. Es más, Pogge dice que el mundo actual es el peor de los mundos posibles. La pobreza en el mundo no es, para él, el resultado de un plan deliberado o de una gran conspiración. Realmente si hubiera sido fruto de un plan intencionado, probablemente no habría tenido tanto éxito, porque la mayoría de los occidentales, que vivimos de la ética de los Derechos Humanos, nos habría levantado contra tanta injusticia hecha a propósito. Esta situación injusta sucede, según él, gracias a las actividades descoordinadas de muchos actores influyentes, los miembros de los países ricos occidentales: cada uno va buscando en la vida su propia ventaja e intenta lograr el máximo provecho personal. Queremos los bienes sin hacer intencionadamente el mal a nadie. Es como si una mano invisible, menos benigna que la de Adam Smith, garantizase que el mundo, dirigido por esos esfuerzos egoístas, se equilibrara hacia un modo de organización que diera a los poderosos las máximas riquezas posibles compatibles con el sentimiento de que están cumpliendo sus normas morales. Por eso piensa Pogge que vivimos en el peor de los mundos posibles: un mundo más malo sería inviable e imposible, porque nosotros los occidentales, los que tenemos la mayor parte de la riqueza y el poder, en tal mundo nos sentiríamos moralmente mal y no lo consentiríamos; se ve, por otra parte, que un mundo mejor no ha sido, al menos hasta ahora, posible, porque nos sentimos como idiotas, si no aprovechamos todos los resquicios para lograr el máximo provecho personal, (Pogge, 2008: 6). Ya decía Hume:

“Solamente el ansia de adquirir bienes y posesiones para nosotros y nuestros amigos más cercanos resulta insaciable, perpetua, universal y directamente destructora de la sociedad. Apenas si existe una persona que no esté movida por esa pasión, y no hay nadie que no tenga razones para temerla cuando actúa sin restricciones y da rienda suelta a sus primeros y más naturales movimientos. Así pues, y en resumen, debemos estimar que las dificultades en el establecimiento de la sociedad serán proporcionales a las que encontremos en la regulación y restricción de esta pasión” (Hume, 1981: 717).

Si utilizamos el juego de palabras que tanto gustaba a Vitoria (Vitoria, 1967: 137), diríamos que el asunto ya no es entender que nuestra mayor hacienda es nuestra conciencia, como pedía él, sino tener la máxima hacienda posible con la menor conciencia que seamos capaces de soportar. Quizá podríamos pensar que nuestros principios éticos de igualdad universal (que fundan los Derechos Humanos) son más bien cosméticos, una coartada y un intento de tener ventaja ideológica con respecto a otras culturas del mundo, ya que estos principios éticos fallan en el test más importante: acabar con la pobreza en el mundo (Ci, 2010:

99). ¿Podemos decir que tenemos esos principios éticos, o sea, prácticos, si apenas los ponemos en práctica?

Y quizá esto es lo que explica la pobreza en el mundo: que nuestra conciencia moral de hombres civilizados occidentales no se ve muy afectada con esta situación. Hay una parte de un famoso discurso del premier británico Gordon Brown ante las Naciones Unidas el 25 de septiembre de 2008 que abunda en esta idea:

“En un museo en Ruanda, que conmemora las miles de personas asesinadas cuando el mundo miraba para otro lado y hacía la vista gorda, hay una foto de un niño que fue torturado hasta la muerte. El rótulo dice:

Nombre: David

Edad: 10

Deporte favorito: fútbol

Disfrutaba: haciendo reír a la gente

Sueño: convertirse en médico

Últimas palabras: las Naciones Unidas vendrán a ayudarnos

Pero nosotros nunca llegamos. Incluso en la hora de su muerte, ese niño creía en lo mejor de nosotros. Pero en realidad nuestras promesas no significan nada. Hoy, frente a la hambruna, hemos prometido que nosotros, las Naciones Unidas del Mundo, iremos a ayudar, pero los hambrientos están muriendo mientras nosotros esperamos. Frente a la pobreza, prometemos que iremos a ayudar, pero los pobres están muriendo mientras nosotros esperamos. Frente al incumplimiento de los Objetivos del Desarrollo del Milenio de la ONU volvemos a decir que tomaremos medidas, pero muchos continúan muriendo mientras nosotros esperamos. Y yo creo que nuestro mayor enemigo no es la guerra ni la desigualdad, o una ideología, o la crisis financiera. Nuestro mayor enemigo es la indiferencia hasta el exceso. Indiferencia frente a la pobreza que destruye el alma. Indiferencia frente a las catastróficas amenazas para nuestro planeta: un superficial, despreocupado y corrosivo hábito de pasar por delante con indiferencia. Como Elie Wiesel dijo: “la indiferencia frente a los sufrimientos hace al hombre inhumano” (Brown, 2008).

Hay en el mundo occidental una cierta indiferencia hacia este problema. Nuestra conciencia no se ve profundamente impresionada. Y quizá no se ve afectada porque hay en el aire una serie de argumentos que conforman las ideas y la conciencia de los agentes morales dominantes, de acuerdo con su posición en los sistemas injustos, que impiden la persuasión moral de que hay que hacer algo urgentemente (Mills, 2010: 153). Así estos argumentos e ideas que hacen que no

se vea este problema en su magnitud y urgencia son una parte capital del problema, por lo cual Pogge se dedica a analizarlos con un cierto detenimiento (Pogge, 2008: 7-14). Cuando pase un tiempo esos argumentos nos parecerán tan grotescos como los argumentos que se utilizaban para defender la esclavitud, el racismo o la discriminación de la mujer (Pogge, 2008: 32). Serían los siguientes:

a) Mucha gente piensa que es inútil luchar. Acabar con la pobreza del mundo es una tarea que nos supera y que no puede ser resuelta ni por los individuos ni por las sociedades occidentales. Ahora mismo hay gente que trabaja mucho, para ver que, después de tantos esfuerzos, el número de gente que vive y muere en pobreza es aún una cantidad inimaginable.

A este argumento Pogge, responde que eso significa que vemos el problema de la pobreza de manera abstracta y que no nos damos cuenta de que si salvamos a 10 niños de la muerte y les damos una educación, hay una gran diferencia con la situación anterior: para esos niños todo es diferente (Pogge, 2008: 8).

También se podría decir que si estamos insatisfechos con la efectividad de nuestros esfuerzos en la lucha contra la pobreza, es hora de que pensemos que con algunas ayudas puntuales de algunos estados occidentales, el trabajo de las ONGs y la aportación económica individual de algunas personas no se soluciona el problema. Piensa Pogge que seríamos más eficaces si en vez de trabajar individualmente para resolver el problema, provocásemos junto con otras personas cambios políticos y sociales (Pogge, 2008: 9).

El liberalismo afirma que son los individuos los que tienen que resolver estos problemas. Pero Adorno nos recuerda que un individuo no puede haber vida buena dentro de una mala (Adorno 2001: 37), lo que implica dos cuestiones: ¿cómo un individuo puede comportarse justamente en un mundo en el que las reglas del juego son injustas? (Ci, 2010: 88). Pero también hay un segundo aspecto: ¿cómo una persona puede ser feliz sabiendo que vive en un mundo injusto? Butler, comentando la frase de Adorno nos parece indicar que el individuo para poder sentirse digno, y feliz, tiene que ejercer la resistencia contra esas reglas injustas, lo que implica movilizar todas las fuerzas personales de resistencia y buscar cauces sociales para ejercerla (Butler, 2012).

Es interesante la idea de Ci de que tenemos que pasar desde el punto de vista individual al institucional. En nuestro mundo occidental, teñido de liberalismo individualista, los contextos normales que despiertan nuestras emociones morales son predominantemente los de la interacción individual: nos sentimos indignados más frecuente e intensamente cuando se trata de una conducta injusta de un individuo que cuando es la injusticia del sistema que se refleja en sus normas fundamentales. Esta es la psicología moral del individualismo. Ante el problema de la pobreza en el mundo, por ejemplo, reaccionamos individualmente, dando dinero a una ONG (Ci, 2010: 91).

Para pasar desde un punto de vista individual a uno institucional se necesita reflexión. El principal obstáculo para el cambio es el comportamiento irreflexivo con respecto al *status quo* (Ci, 2010: 93), es decir, algo así como la superficialidad ante el problema, lo que Arendt llamó “banalidad del mal”: para que haya grandes catástrofes morales no se necesitan grandes genios del mal, basta con que la gente corriente no sea lo suficientemente reflexiva y autónoma y no se preocupe de las consecuencias de sus actos o de sus omisiones (Ci, 2010: 101). Para cambiar esta psicología moral y esta falta de reflexión de los ciudadanos, lo más adecuado sería que las instituciones sociales que tienen un papel importante en la socialización y educación moral se dedicasen a inculcar el sentido de justicia desde el punto de vista institucional, especialmente en el tema de la pobreza en el mundo (Ci, 2010: 93).

b) Un segundo argumento, que se suele utilizar y que nos inactiva para resolver urgentemente el problema de la pobreza en el mundo, es que quitar la pobreza nos sería muy costoso. Mucha gente piensa que, dada la magnitud de la pobreza en el mundo, solucionar esta cuestión supondría reducir enormemente nuestro nivel de vida: no podríamos ir al cine, leer una novela o salir con nuestros amigos a cenar. Tendríamos que repartir gran parte de nuestra riqueza y entonces la vida que llevaríamos no merecería la pena (Pogge, 2008: 9). Rorty, en un interesante artículo, que era la transcripción de la introducción que hizo el filósofo americano para un debate en la UNESCO en 1966, decía: “las naciones ricas del mundo podrían estar en la situación de alguien que propone compartir su única barra de pan con cien personas. Si ésta comparte el pan, todos, incluyendo a esa misma persona, morirán de hambre, a pesar de todo” (Rorty, 1996: 10). En ese artículo Rorty siente pena de tener que decir que el universalismo moral y la preocupación por todos los seres humanos del mundo, principalmente por los pobres, son o un engaño o una hipocresía. Le gustaría que las cosas fueran de otro modo, pero no lo son. La creencia de que todos los seres humanos son iguales y de que hay que ayudarles es vacía, si es inviable. Y desgraciadamente, piensa Rorty, es inviable solucionar el problema del hambre en el mundo, pues, después de distribuir sus bienes, los habitantes de los países ricos tendrían tan poco que no se reconocerían a sí mismos y pensarían que esa vida no merece la pena vivirse (Rorty, 1996: 15). La superpoblación, la deforestación, la falta de recursos alimenticios, la falta de energía... hacen inviable que todo el mundo pueda llevar una vida como los hombres de los países occidentales: sanidad para todos, educación, paro, jubilación... Se impone, parece decir Rorty con una cierta melancolía, el *triage* que hacen los médicos cuando un aluvión de heridos en una catástrofe inunda las urgencias de un hospital: hay que salvar a los más viables. Se supone que los más viables somos nosotros, los habitantes de las ricas naciones de Occidente, pues estamos menos heridos en nuestra humanidad que los pobres del mundo. En conclusión, realmente no se soluciona la pobreza en

el mundo, porque la gente no cree que haya una solución viable que les permita a los que tienen que compartir su riqueza con los pobres llevar una vida digna humana. No nos auto-engañemos ni seamos hipócritas, parece decir Rorty, y si no estamos dispuestos a renunciar a nuestro estándar de vida y a nuestras sociedades democráticas de derechos humanos, dejemos de decir que todos somos miembros de la misma comunidad, el género humano y que existe un “nosotros, los seres humanos” (Rorty, 1996; 12),

A este argumento, Pogge responde que lo que necesitan los países pobres para salir de la pobreza severa son 300.000 millones de dólares, es decir, menos de un 1% de los ingresos brutos de los países desarrollados. Ya hace tiempo se puso la cifra emblemática del 0,7%. Podríamos sin mucho problema ver reducido un 1% de nuestros ingresos sin un gran cambio en nuestras vidas (Pogge, 2008: 10). No se verían afectadas nuestras instituciones democráticas, ni nuestros derechos sociales, ni siquiera nuestras posibilidades culturales y de ocio. En realidad, ¿en Occidente no se despilfarran en energía, comida, medicinas... por valor de bastante más de ese 1%?

c) Un tercer argumento paralizante es que ayudar a los países pobres es contraproducente y perverso. Pogge nos recuerda las ideas de Garret Hardin, un eminente biólogo y profesor de Ecología Humana, que escribió en 1974 un famoso artículo sobre esta cuestión. El título se puede traducir como “Ética del bote salvavidas: argumentos contra la ayuda a los pobres”. El pensamiento de Hardin es que vivimos los países occidentales como en un bote salvavidas rodeados de muchos naufragos y que, si los ayudamos y los subimos a la barca, ésta se hundirá irremediablemente y pereceremos todos. Debemos reconocer, señala, la limitada capacidad ecológica de nuestro mundo. El problema fundamental para Hardin es la tasa de natalidad de los países pobres. Si los ayudamos, se reducirá mucho su tasa de mortalidad, con lo que habrá mucha más población pobre que, al tener mayor tasa de natalidad, producirá un tremendo aumento de población, lo que causará, a su vez, un grave destrozo ecológico en esos países y les dejará sin posibilidades económicas. Si les sacamos “las castañas del fuego” a estos países pobres, no aprenderán de sus errores y el problema cada vez será mayor para ellos, y para nosotros. Hardin piensa que la justicia entendida como igualdad de todos los seres humanos lleva a un absurdo. No pueden subir todos a la barca: su capacidad, supongamos, es de 60 personas; ahora mismo están 50 dentro de ella, pero hay cientos de seres humanos en el mar. La moralidad de un acto depende del sistema y el contexto en los que se viva (Hardin, 1968: 1245); y en ese contexto no es bueno subir a los naufragos a la barca. Hardin acepta que en el mundo hay desigualdades, que quizá incluso los occidentales seamos herederos de ladrones, pero que no podemos rehacer el pasado. Tenemos que partir de lo que hay y crear un futuro en el que nuestros herederos tengan un mundo en el que puedan vivir. No somos generosos con nuestra propiedad cuando decidimos ayudar a los

países pobres, sino que estamos gastando la herencia de nuestros nietos. Acaba el artículo diciendo: “Sin un verdadero gobierno del mundo para controlar la reproducción y el uso de los recursos disponibles, la ética de compartir es imposible. Para el futuro previsible, nuestra supervivencia demanda que dirijamos nuestras acciones de acuerdo con la ética del bote salvavidas, por duro que esto pueda ser. La posteridad no se conformará con menos” (Hardin, 1974: 43).

Lo primero que podríamos decir a esta posición es que ya hace bastante tiempo, fundamentalmente desde Kuhn y el *Programa Fuerte* de la escuela de Edimburgo, que la sociología de la ciencia ha explicado cómo la ciencia no está libre de valores. Gran parte de lo que acabamos de ver responde más, probablemente, a componentes ideológicos conservadores que a datos e interpretaciones científicas, pues vemos que las predicciones de Hardin no se están cumpliendo, ya que en estos años la tasa de crecimiento económico ha sido mayor que la del crecimiento de la población. Además se ha podido comprobar que la manera más eficaz de frenar el crecimiento de la población en el mundo es el desarrollo de los países, pues cuanto más rica es una sociedad tanto más cae su tasa de nacimientos. El avance en las luchas contra la pobreza y contra la discriminación de la mujer puede ser realmente la mejor estrategia contra la sobrepoblación del mundo (Pogge, 2008: 10).

En cuanto a la afirmación de que “el bote está lleno”, diremos con Habermas que esa afirmación, de carácter defensivo, muestra la ausencia de disposición para aceptar la perspectiva de la otra parte (Habermas, 1999: 221), la de los que mueren de pobreza. Claramente, el problema no es que vengan a nuestra barca de Occidente todos los pobres del mundo, sino que ayudemos a que salgan de la pobreza en sus países. Además, el despilfarro occidental no indica que la barca esté llena. Por último, se podría decir que no se requiere un gran sacrificio en Occidente. Desde hace tiempo se viene señalando la cifra del 0,7%.

d) Otro argumento que lleva a los occidentales a no resolver el problema con urgencia consiste en afirmar que ya está desapareciendo la pobreza gracias a lo que ya estamos haciendo, por lo que no hay que hacer mucho más. Así hay programas internacionales que nos tranquilizan porque dicen, por ejemplo, que en 2015 la pobreza severa se está reduciendo en un 50% por ciento y que vamos por buen camino.

A esto podríamos decir que es cierto que cada vez hay más millones de seres humanos que pueden utilizar un sistema sanitario aceptable, que alcanzan una educación básica, que pueden disfrutar de los derechos sociales... El optimista informe de la ONU de 2015 dice que hay 1.000 millones menos de seres humanos que viven en pobreza extrema si comparamos las cifras actuales con lo que pasaba hace 25 años. Pero no puede dejar de reconocer que en la actualidad hay 836 millones de seres humanos viviendo en extrema pobreza y otros 1.400 millones que, aun no viviendo en pobreza extrema, viven en pobreza (es decir con

menos de 2\$ diarios) y todos los terribles datos que hemos mencionado al principio. Así que la magnitud de la tragedia es lo suficientemente grande para que no nos quedemos tranquilos esperando a que escampe. ¿Hubiera parecido moralmente aceptable y tranquilizador, se pregunta Pogge, si alguien hubiera dicho en 1942, por ejemplo, que gracias a las gestiones diplomáticas de Roosevelt, la cantidad de judíos torturados y asesinados se reduciría a la mitad en los siguientes 25 años? (Pogge, 2008, 11). ¿Las cifras actuales de pobreza y muerte y de vidas sin un mínimo de posibilidades humanas no requieren una actuación radical? ¿Podemos sentarnos tranquilos sabiendo que durante los próximos decenios miles de millones de personas morirán de pobreza o no llevarán una vida digna?

Por otra parte, es discutible que haya descendido en esa proporción la pobreza en el mundo. Pogge señala las trampas de la contabilidad “creativa” que nos llevan a hacer celebraciones por los avances producidos, lo cual sostiene en los países ricos la creencia de que la pobreza global está desapareciendo rápidamente y que, por tanto, no requiere una especial atención (Pogge, 2008: 13). Si uno coloca, como el Banco Mundial, los límites de la pobreza en un umbral muy bajo (1.25\$ al día), entonces en el periodo de 1990-2005 la pobreza en el mundo se reduce un 34%. Pero si se define en 2.5\$ al día, entonces, no sólo no baja la pobreza, sino que incluso sube en 64 millones (Pogge, 2009: 24).

e) Un quinto argumento que justificaría que no tenemos que resolver urgentemente este problema sería que los habitantes de los países ricos no tenemos obligación moral de resolverlo, porque no somos causantes del problema, no es nuestra culpa. Las causas del problema estarían en factores internos de los propios países afectados: corrupción política, desigualdad económica, concepciones culturales y morales que ven normal esa situación, militarismo... Estaría bien que los ayudásemos, pero no es un deber moral.

A esto habría que responder, según Pogge, que es precisamente el orden mundial global, impuesto por los países ricos occidentales, el que causa esos factores internos en los países pobres. Hemos cambiado un sistema que nos parecía moralmente malo, el colonialismo, por otro sistema que no nos causa dolores de conciencia, pero del que seguimos beneficiándonos mediante intermediarios que hacen el trabajo sucio: las élites militares, políticas y económicas de los países pobres. Somos nosotros los que reconocemos internacionalmente a gobernantes ilegítimos y los que les vendemos armas; somos nosotros los que prestamos dinero a los dictadores para que puedan perpetuarse en el cargo (a cambio de una venta muy barata de los recursos naturales de sus ciudadanos por ellos torturados); somos nosotros los que exigimos que las nuevas democracias de los países pobres devuelvan el dinero que nuestros bancos prestaron a los dictadores que las masacraban; somos nosotros los que creamos unas instituciones para el libre comercio, según las que exigimos que no haya trabas para las ventas de nuestros productos a los países pobres, pero, al mismo tiempo, subvencionamos nuestra agricultu-

ra y ganadería para que no nos invadan sus productos; somos nosotros los que hemos creado unas leyes internacionales de propiedad intelectual de productos farmacéuticos que impiden que millones de seres humanos se curen... Este orden internacional así configurado socava la capacidad de los nuevos gobiernos democráticos de esos países pobres para implementar reformas estructurales y acabar con la pobreza (Pogge, 2008: 121). El funcionamiento de nuestro mundo es muy del tipo empresarial: los accionistas capitalistas contratan a directivos para que maximicen sus inversiones mediante acciones moralmente dudosas (o a veces incalificables) con sus asalariados o los clientes consumidores, de las que ellos no se sienten responsables; por su parte, los directivos tampoco se sienten responsables porque entienden que son dirigidos por los accionistas y que si ellos no las hicieran y los accionistas tuvieran menos beneficios, éstos les echarían y pondrían a otros menos escrupulosos en obtener beneficios (Pogge, 2008: 82), por lo que, de todas maneras, esas consecuencias iban a producirse.

Este es uno de los principales objetivos de toda la obra de Pogge, convencer a los habitantes de los países occidentales que han impuesto un orden global en el mundo que es responsable de la pobreza. Esto no quiere decir, a juicio de Pogge, que no haya también factores internos². Pero a nosotros nos deben preocupar estos factores mundiales que son determinados por los países ricos de Occidente.

Además hay otro aspecto de este argumento. No sólo somos responsables de lo que hemos promovido en el orden global, lo que acabamos de ver, sino también de nuestras omisiones: cuando se puede cambiar una situación sin mucho gasto, uno es responsable, y por tanto, culpable, si no lo hace. Y parece claro que los países occidentales no hacen todo lo que podrían. Hay gente que piensa que los países pobres están mejor que hace 500 años y que el contacto con Occidente, por tanto, les ha mejorado. Pero no tenemos que comparar cómo están en los países pobres con cómo estaban hace 500 años, sino con cómo podrían estar, si nosotros hiciéramos un esfuerzo que no nos iba a costar mucho. Podríamos decir que un esclavo estará mejor si le dan 10 latigazos diarios que antes, si le daban 20, pero la comparación debe ser con una situación en la que no fuera esclavo y no recibiese, por tanto, latigazos (Pogge, 2008: 23). Otro ejemplo: supongamos unas actividades que nos reportarán 5.000€, pero que nos podrían reportar 10.000€,

2 Algunos autores (Cohen 2010: 18-45) critican la idea de que el orden global sea el principal responsable poniendo el ejemplo de países que con el mismo orden global están creciendo mucho económicamente, como China, o que no tienen pobreza, como Arabia Saudí. También otros señalan la importancia de la tradición y la cultura en el mantenimiento de regímenes corruptos y tiránicos. Así Axelle Kabou indica que las políticas culturales, aplicadas en África desde la independencia, van hacia la defensa de los valores tradicionales, hacia el miedo al jefe, hacia el respeto a la vejez, hacia el temor hacia las clases pudientes y los poderes sobrenaturales, hacia la veneración del dinero... Y añade que solo la preexistencia de este terreno cultural favorable explica que la tiranía pueda echar raíces y prosperar (Kabou, 1990: 130-131, citado en Noubbissí, 2012: 191).

si aceptásemos dejar morir a 3 personas y aprovecharnos de que alguien matase a otras 2. Nos parecería totalmente inmoral que, por ganar nosotros otros 5.000€, murieran 3 personas y se quitase la vida a otras 2. Ahora bien, en gran escala esto es lo que está ocurriendo (Pogge, 2008: 22).

Hay pensadores que, siguiendo esta línea, afirman que los países ricos tienen obligaciones morales de acabar con la pobreza en el mundo, aunque no fueran causantes de ella. Lo importante es que cualquier agente moral, que tenga posibilidad de contribuir a la solución de este problema, tiene una obligación moral de hacerlo, independientemente de si es causante de ella o no. La razón fundamental es que la falta de derechos humanos de los pobres es algo que concierne a todos, especialmente a los que están en situación de arreglar el problema. Además esta línea argumental conceptualiza a los pobres del mundo como portadores de derechos más que como víctimas, lo que les dota de un status moral irreductible e inalienable (Chandhoke, 2010: 75-76 y 80). Pogge hace más hincapié en el argumento de que los países occidentales tenemos obligación moral de solucionarlo porque somos los causantes, pues cree que ese argumento tiene más impacto en la población occidental que el otro (Pogge, 2010: 202). Pero quizá habría que decir que los dos son complementarios.

Hay gente que piensa que hay obligaciones cuando se violan los derechos civiles y políticos, pero no las hay respecto de los derechos sociales y económicos, por lo que no habría obligaciones especiales para con los pobres del mundo. Esta idea parece algo propio de la ideología neoliberal, que se manifiesta claramente en la expresión que decía un diplomático que, cuando se refería a los derechos sociales y económicos, los llamaba “los derechos de papá Noel”, porque los consideraba regalos más que obligaciones morales (Noumbissié, 2012:131). En este sentido, es indignante la actitud de la comunidad internacional de afanarse por llamar crímenes contra la humanidad únicamente a las violaciones de los derechos civiles y políticos, y no tener en cuenta los derechos sociales y económicos, pues estos merecerían la misma atención (Gavison, 2003: 46-47).

Una vez que de una forma o de otra se acepta la responsabilidad de los países occidentales en la pobreza del mundo, el siguiente paso, para Pogge, es darse cuenta de que estos países son democracias y que, por tanto, los votantes que apoyan (o simplemente que dejan) a sus gobernantes cuando crean este orden global y se benefician de él, son responsables de la pobreza en el mundo. Todos los miembros de los países occidentales tienen la obligación moral de actuar urgentemente para resolver el problema de la pobreza. La responsabilidad recae, finalmente, en los ciudadanos, que son los responsables de las políticas de sus gobernantes (Pogge, 2009: 27).

Y la solución queda apuntada con el anterior análisis: no es tanto cuestión de aumentar el número, la coordinación y la eficiencia de las ONGs, sino de cam-

biar el orden global e institucional mundial mediante la presión de los ciudadanos sobre los políticos en las democracias occidentales.

f) Otro argumento sería que hay que dar prioridad a la ayuda a nuestros compatriotas, lo que agotaría nuestra capacidad de ayuda a gente necesitada y nos impediría ayudar a los países pobres. En este mismo sentido, hay gente que piensa que nuestros políticos obrarían mal si no dan prioridad a los intereses de los compatriotas, teniendo en cuenta que en nuestro mundo hay una competición entre naciones en el campo económico. Cada nación tiene que buscar lo mejor para ella. El nacionalismo en el que vivimos supone que los ciudadanos esperamos que nuestros líderes defiendan internacionalmente los intereses de nuestra nación, aunque esto ocasione desventajas para los extranjeros. Por eso, no se debe criticar a gobernantes nacionalistas que buscan sobre todo el bien de sus conciudadanos, se dice, aunque se produzca un orden económico que perjudica a los países pobres, pues siempre que todos los gobernantes de otros países hagan lo mismo, no cabe otra salida, ya que sería de tontos perder posiciones por ayudar al Tercer Mundo, mientras que los otros países competidores van a lo suyo (Pogge, 2008: 133). Aquí se podría aplicar lo que Pogge llama la “*sucker exemption*” (que podríamos traducir por “la exoneración del simple”): una persona no puede ser un “simple” y cumplir sus obligaciones morales cuando nadie las cumple, por lo que sería aceptable exonerarle de sus responsabilidades; como todos los representantes de todas las naciones hacen lo mismo, dar prioridad a los intereses de los compatriotas aunque se cause un perjuicio a los pobres del mundo, sería de simples no hacerlo, pues se perderían posiciones en un mundo tan competitivo. Así que el político que tiene en su punto de mira solo el bien de su país queda exonerado moralmente de culpa (Pogge, 2008: 133).

Uno podría pensar que cualquier ser humano tiene las mismas necesidades mínimas (alimentación, sanidad, educación...) viva dónde viva y que no hay que priorizar necesidades de segundo orden de nuestros compatriotas frente a necesidades de primer orden de extranjeros, pues uno de los principales valores que fundamenta y articula los Derechos Humanos es la igualdad de todos los hombres. Pero la diferencia reside en que, gracias al factor nacionalismo, los pobres de nuestras naciones occidentales tienen capacidad para hacer reivindicaciones y hacerse oír (son compatriotas a los que escuchamos, son votantes a los que los políticos atienden), pero no los pobres del Tercer Mundo, que no pueden causarnos la más ligera molestia (Pogge, 2008: 133). Casi podríamos decir que el nacionalismo les relega a la categoría de personas de la que Hume (y luego Rawls siguiendo sus pasos) decía que no intervenían en la justicia: si hubiera personas de tal inferior fuerza, corporal y mental, decía, que fueran incapaces de toda resistencia frente a los fuertes y que no fueran capaces de hacer sentir a los ricos los efectos de su resentimiento, entonces las obligaciones de la justicia y la

propiedad nunca tendrían lugar con respecto a estas personas (Hume, 1991: 55; Rawls, 1979: 152)³.

Así que el factor nacionalismo se suele utilizar como argumento contra la urgencia de resolver los problemas de los países pobres. Si uno ocupa la perspectiva del “nacionalismo metodológico”, entonces las desigualdades sociales entre los pueblos o no son percibidas apenas o son vistas como legítimas (Beck, 2008: 13), y así, con este nacionalismo, ha habido una alianza entre la política y la Sociología para no ver el problema de la pobreza en el mundo (Beck, 2010: 32). El verdadero problema es que la gente, gracias al “nacionalismo metodológico”, que predomina en las ciencias sociales, no puede ver el problema (Beck, 2008: 18-19).

En realidad este último argumento, basado en el nacionalismo, y el anterior, que señala que las causas de la pobreza son internas a los países pobres, están conectados. El nacionalismo nos hace mirar la pobreza y la opresión como problemas cuyas raíces y posibles soluciones son domésticas para los países donde ocurren. La mirada nacionalista nos hace ver cada país como si fuera una isla y así no vemos ningún lazo causal entre el comportamiento de los ricos países occidentales, el orden global y la opresión-corrupción-pobreza de los países pobres, por lo que no nos preguntamos si los países ricos, que conforman las instituciones globales y el orden internacional, deben sentirse moralmente responsables y actuar con urgencia (Pogge, 2008: 147).

A este tipo de argumentos podríamos contestar que dar prioridad a los compatriotas podría ser adecuado siempre que hubiera un orden económico global mínimamente justo, que no dañase gravemente a muchos millones de pobres. Pero cuando se trata de ausencia de derechos humanos básicos, no debe haber diferencia si una persona lo sufre dentro de las fronteras o fuera (Pogge, 2008: 15-16; 93).

También podríamos decir que debe haber la igualdad más estricta respecto de nuestros deberes negativos: no matar, no torturar, no causar injusticia... ¿Es moralmente peor dar una paliza a compatriota que dársela a un extranjero? (Pogge, 2008: 137). Si es inmoral crear unas instituciones que dificulten a los nacionales alcanzar el mínimo para una vida digna, ¿será moral crear y apoyar unas instituciones que imposibiliten a los extranjeros alcanzar el mínimo para una vida digna?

Algunos piensan que la caridad bien entendida empieza por casa y se apoyan en esa máxima para justificar la inacción en el problema de la pobreza en el

³ Esto es lo que precisamente hace pensar a algunos que ya es hora de que los pobres y los débiles ejerzan presión sobre los fuertes y los ricos globales, sobre todos los que se benefician de su pobreza. Sólo cuando suceda esto, creen, habrá una clara reducción de la injusticia (Ci, 2010: 99).

mundo. Pero aquí no se trata de una cuestión de caridad⁴, sino de justicia. Y en cuanto a la justicia todos los hombres somos iguales.

Ahora bien, esta reforma no debe consistir meramente en que los pobres del mundo sean los destinatarios de unos ciertos recursos mínimos y básicos para una vida humana, sino en que deben participar, en un nivel de igualdad con los países ricos, en la misma configuración de la estructura del orden internacional (Schlak, 2010: 43).

* * *

Hemos intentado mostrar y analizar críticamente los argumentos que se suelen utilizar para no sentir la urgencia del problema del hambre en el mundo. Como ya hemos señalado, la reflexión ayudará a evitar la indiferencia y la “banalidad del mal”. Pero quizá hay también un elemento estructural del modo de vida occidental que ayuda a perpetuar este problema: es la pérdida de la dimensión heroica de la vida. Taylor lo ha analizado con detenimiento: vivimos en un tiempo y en un lugar donde cada individuo tiene la posibilidad de construirse su propia vida, para lo que ha sido necesario liberarnos de las ataduras de los horizontes morales y religiosos del pasado, produciéndose así el “desencantamiento del mundo”, que decía Weber. Pero este individuo ya no tiene la sensación de tener un fin elevado en la vida y prefiere centrarse en la vida corriente: en la familia, el amor, el trabajo y los bienes económicos. Así la vida, aunque más libre, se ha vuelto más chata y más angosta (Taylor, 1994: 38-40; 79). Quizá deberíamos recuperar una dimensión heroica de la vida, de modo que, sin dejar de ser hombres corrientes y sin perder la libertad individual, seamos capaces de trascender los meros intereses individuales y sentir que es esencial dar a nuestras vidas una finalidad social.

4 Mucha gente piensa que la caridad es libre y la justicia obligatoria. Y quizá esto haya llegado a ser así para la mayoría de la gente. Pero en su sentido originario, el que podemos ver en el cristianismo de los Evangelios, la caridad (dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento...) es algo necesario e imprescindible, pues de no cumplirla, no se puede entrar en el Reino de los cielos (cfr. Mt 25, 31-46). Por eso la Teología de la Liberación ha tomado como base la opción preferencial por los pobres.

Bibliografía

- ADORNO, Th. (2001), *Minima Moralia*, Taurus, Madrid.
- BECK, U. (2008), *Die Neuvermessung der Ungleichheit unter den Menschen. Soziologische Aufklärung im 21. Jahrhundert*. Frankfurt am Main, Suhrkamp.
- (2010), „Risikogesellschaft und die Transnationalisierung sozialer Ungleichheiten“, en U. BECK y A. POFERL (eds.), *Große Armut, großer Reichtum. Zur Transnationalisierung sozialer Ungleichheit*, Berlin, Suhrkamp.
- BENJAMIN, W. (2008), *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, ed. y trad. de Bolívar Echeverría, México, Itaca/Universidad Autónoma, en <http://www.bolivare.unam.mx/traduccion/Sobre%20el%20concepto%20de%20historia.pdf>.
- BROWN, G. (2008), “Speech by HE Mr. Gordon Brown, UK Prime Minister for the United Kingdom of Great Britain and Northern Ireland, on Millennium Development Goals, 25 September 2008”, en http://www.un.org/millenniumgoals/2008highlevel/scanning/MDG_UK.pdf.
- BUTLER, J. (2012), “Can One Lead a Good life in a Bad Life? Adorno Prize Lecture”, en *Radical Philosophy*, 176 (Nov/Dec) 2012. Se puede encontrar en: <http://www.egs.edu/faculty/judith-butler/articles/can-one-lead-a-good-life-in-a-bad-life/>.
- CHANDHOKE, N. (2010), “How Much Is Enough, Mr. Thomas? How Much Will Ever Be Enough?” en JAGGAR, A. (ed.), *Thomas Pogge and His Critics*, Polity, Cambridge.
- CI, J. (2010), “What Negative Duties? Which Moral Universalism?” en JAGGAR, A. (ed.), *Thomas Pogge and His Critics*, Polity, Cambridge.
- COHEN, J. (2010), “Philosophy, Social Science, Global Poverty”, en JAGGAR, A. (ed.), *Thomas Pogge and His Critics*, Polity, Cambridge.
- GAVISON, R. (2003), “On the relationships between civil and political rights, and social and economical rights”, en J. M. COICAUD, M. W. DOYLE y A-M GARDNER, *The Globalizacion of human rights*, United Nations University, Tokio/New York/París Press, 2003, pp. 23-55.
- HABERMAS, J. (1999), *La inclusión del otro. Estudios de teoría política*, Paidós, Barcelona.
- HARDIN, G. (1974), “Lifeboats Ethics: The Case against Helping the Poor”, *Psychology Today*, 8, pp. 38 - 43. Puede leerse http://www.garretthardin-society.org/articles/art_lifeboat_ethics_case_against_helping_poor.html.
- HUME, D. (1991), *Investigación sobre los principios de la moral*, trad. Gerardo López, Espasa-Calpe, Madrid.
- (1981), *Tratado de la Naturaleza humana*, Editora Nacional, Madrid.
- JAGGAR, A. (ed.) (2010), *Thomas Pogge and His Critics*, Polity, Cambridge.

- KABOU, A. (1990), *Et si l'Afrique refusait le développement?*, L'Harmattan, Paris.
- MILLS, Ch. (2010), "Realizing (Trough Racializing) Pogge", en JAGGAR, A. (ed.), *Thomas Pogge and His Critics*, Polity, Cambridge.
- NACIONES UNIDAS (2015), *Objetivos de desarrollo del milenio. Informe de 2015*. Naciones Unidas, en http://www.undp.org/content/dam/undp/library/MDG/spanish/UNDP_MDG_Report_2015.pdf.
- NOUMBISSIÉ, D., (2012), *Justice distributive ou solidarité à l'échelle globale ?*, L'Harmattan, París.
- POGGE, Th. (2008), *World Poverty and Human Rights*, Polity, Cambridge.
- (2009), *Gerechtigkeit in der Einen Welt*, Klartext, Essen.
- (2010), "Response to Chandhoke", en JAGGAR, A. (ed.), *Thomas Pogge and His Critics*, Polity, Cambridge.
- PROGRAMA DE NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO, *Informe sobre el desarrollo humano 2014*, Nueva York, 2014, en <http://www.undp.org/content/dam/undp/library/corporate/HDR/2014HDR/HDR-2014-Spanish.pdf>.
- RAWLS, J., (1979), *Teoría de la justicia.*, F.C.E. México.
- ROLDÁN, C., (2015), *Leibniz. En el mejor de los mundos posibles*, Ediciones El País, Madrid.
- RORTY, R. (1996), "Who are we? Moral Universalism and Economic Triage", *Diogenes* 173: 5-15. En <http://dio.sagepub.com/content/44/173/5.full.pdf>.
- SCHLAK, S. (2010), *Anerkennung und Umverteilung. Ein gerechtigkeitstheoretischer Beitrag zur Ressourcennutzung und Weltarmut*, LIT, Münster.
- TAYLOR, Ch. (1994), *La ética de la autenticidad*, Paidós, Barcelona.
- VITORIA F. (1967), "Carta de Francisco de Vitoria a Miguel de Arcos de 8 de noviembre de 1545", en FRANCISCO DE VITORIA, *De indis o Libertad de los Indios*. Ed. crít. biling. de L. Pereña y J. M. Prendes, Corpus Hispanorum de Pace 5, CSIC, Madrid: pp. 137-139.

Recibido: 16/08/2015

Aceptado: 22/10/2015

